Quiero ver todo lo que va a venir.

Las guerras que seguirán

a la última de todas las guerras

Los crímenes que ennoblecerán

al próximo Benefactor de la Humanidad

y los crímenes que harán olvidar esos crímenes

Las palizas a los perros mudos

Las palizas a los negros mudos

Las palizas a las mujeres mudas:

yo he de ver todo eso

Los pilotos de la *US Air Force*

ven películas porno antes de bombardear Bagdad(\*)

y yo he de verlas

Las pantallas de televisión muestran

a los muertos de cólera en Lima

a los muertos de carnaval en Ciudad de Méjico

a los muertos de mosca carnívora en Trípoli

a los muertos de miseria en Calcuta

a los muertos de resignación en Madrid París Londres:

tengo que ver todo eso

Quiero ver todo lo que va a venir […]

[…] Luces almacenadas, que brotan de los bares,  
como hiedras contratan las perpendiculares  
 fachadas de cristal. Hay letreros que guiñan,  
altavoces histéricos y cuerpos que se apiñan.  
El día es impensable, no tiene voz ni voto  
mientras tiemble en la calle el faro de una moto,  
la carcajada blanca, los besos, la melena  
que el viento negro mueve, esparce y desordena.  
Yo voy pensando en ti, buscando las palabras.  
Llego a tu casa, llamo, te pido que me abras.  
La ciudad de las cuatro tiene pasos de alcohólica.  
Desde el balcón la veo y como tú, bucólica  
geometría perfecta, se desnuda conmigo.  
Agradezco su vida, me acerco, te lo digo,  
y abrazados seguimos cuando un alba rayada  
se desploma en la espalda violeta de Granada.

Yo pertenezco a una raza de mujeres con el corazón biodegradable.

Cuando una de nosotras muere

exhiben su cadáver en los parques públicos, los niños se acercan para

    curiosear en su garganta de hojalata, se celebran festines con moscas y

    gusanos, *me cae mal porque me hizo sonreír a mí, que soy tan triste*.

A los treinta días exactos de su muerte el cuerpo de esta extraordinaria raza

se autodestruye, y a las puertas de vuestras casas llaman los restos del alma

    de las mujeres sobrenaturales,

chocan contra vuestras paredes, sus empastes y sus uñas agujerean

    vuestras ventanas

hasta que sangran nuestras aortas clavadas en la tierra, igual que las raíces.

Al morir nos abren el estómago, examinan con los dedos su interior,

    rebuscan entre las vísceras el mapa del tesoro,

sacan sus dedos negros de todos los poemas que se nos han quedado dentro

    con los años.

Un espectáculo. […]

Fluye

sólo el silencio

inconsolable.

Me despierto y hay un vaso medio lleno

de *bourbon* encima de la mesa, unas cerillas,

un paquete de Winston en el que alguien

ha garabateado su número de teléfono; son las siete

y cinco minutos de la mañana, James Mason me contempla

en blanco y negro desde el televisor, y vocaliza

palabras que no logro entender ni oír siquiera. […]

Y corría la sangre como una estatua rota por las habitaciones

mientras aullaban los príncipes sapos y los armiños se escondían entre el trigo

y corría la sangre como una estatua rota en el oro del musgo y de la nieve

y potros como pajes delgadísimos se quemaban sobre la tierra espesa

y el unicornio joven hablaba de arte y prefería a Tiépolo y todo era pálido y cortés

y corría la sangre más niña sobre cabalgaduras encendidas

y los dulces lebreles inventaban el fuego pulsando caza calcinada, ardor y soledad.

[…]